

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



JULIO

Nº 46



Spes nostra, Salve!

D. Pablo Ormazabal Albistur,
Capítulo San Francisco Javier.

¿Es la Fe razonable? Parte IV: La respuesta en sí

D. Víctor Asensi Ortega,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

«No podéis servir a Dios y al dinero».

Los vicios capitales (III): La avaricia

D. Tomás Minguet Civera, Pbro.

Notas de actualidad

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos de Nuestra Señora de la Cristiandad-España:

«Ave Crux, spes unica». Con este lema comenzaremos dentro de diez días la V edición de nuestra peregrinación a la Santina. Cada día iremos profundizando en esta verdad, el misterio de la Cruz, misterio de esperanza. Como está escrito en el pedestal de la imagen de D. Pelayo, que nos recibe en la explanada de Covadonga: «Nuestra esperanza está en Cristo».

Covadonga es morada inmemorial de la Virgen María, corazón de Asturias y cuna de España, testigo de tanta fe y tanto amor en la historia, faro de perdón y de esperanza, imán de peregrinos y necesitados.

Centrados en el Señor y bajo el manto de la Santina, ofrezcamos nuestras oraciones y sacrificios, ofrezcamos ante todo la Santa Misa Solemne por la Iglesia y por España. Como fieles hijos de la Iglesia, unidos al Romano Pontífice, cumplamos también el cuarto mandamiento de la Ley de Dios que nos enseña el amor a la patria.

«La Verdad puede padecer pero nunca perecer». Nos ha tocado y nos puede tocar en diversos momentos de la vida sufrir y padecer. Recordemos entonces la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. «Recte faciendo neminem timeas»: `Actúa rectamente y no temas a nadie`.

Preparémonos, así, con fervor para vivir unos días inolvidables.

Iñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz
Capellán General de NSC-E



SPES NOSTRA, SALVE!

D. Pablo Ormazabal Albistur, Capítulo San Francisco Javier

Por quinta vez, por misericordia y providencia de Dios, nos disponemos a peregrinar desde Oviedo a Covadonga, en el espíritu de la Cristiandad. Cada peregrinación es un recordatorio de que toda nuestra vida es un camino hacia el Cielo, nuestra última y definitiva patria. Y, por eso, cada peregrinación anticipa también por la gracia la plena posesión del cielo. Por la virtud de la esperanza «podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman (cf. Rm 8, 28-30) y hacen su voluntad (cf. Mt 7, 21)» (CCC 1821).

Así, la meta de Covadonga nos hace poner nuestros ojos en la Santísima Virgen María, a quien en la Salve acudimos como «spes nostra», esperanza nuestra.

La Virgen María, esperanza en la victoria

Covadonga como lugar de peregrinación nos recuerda la intervención de la Virgen María en la lucha por la defensa de la fe: «Las crónicas cristianas narran cómo la intervención milagrosa de la Santísima Virgen fue decisiva en la victoria, repeliendo los ataques que las tropas mahometanas lanzaban contra la cueva. Por su parte, las crónicas musulmanas explican que, refugiadas allí, las fuerzas de don Pelayo se alimentaron durante el asedio de la miel que las abejas dejaban en las hendiduras de la roca»¹.

Aunque las batallas cambian, todas ellas son el eco de la batalla decisiva de la vida: «Nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Efesios 6, 12). Para esta batalla, como sucedió en Covadonga, el Señor nos da la poderosa intercesión de la virgen María y su presencia maternal nos asegura la victoria. Como en la cueva santa, ella nos trae la miel de la gracia de Cristo. En la antigüedad cristiana se identificaba a las abejas con la virgen María, pues se creía que estas daban la miel virginalmente. La Virgen María nos trae a Cristo y, con Él, toda victoria.

¹ Consultar [aquí](#).

² Consultar [aquí](#).



La Virgen María ordena nuestra vida y la dirige al auténtico bien

«Como tantas generaciones antes que nosotros han hecho, acudimos a Covadonga a ponernos a los pies de la Santísima Virgen para pedirle que cuide de España y por la restauración de la Cristiandad, para que, Dios mediante, todas las realidades humanas, también las temporales, sean ordenadas en Cristo Nuestro Señor»². De María aprendemos a ordenar todas las cosas según Cristo y su voluntad: «Haced lo que él os diga» es su divisa (Juan 2, 5).

Hoy en día muchas cosas se han desordenado. El orden que Dios había dado a la creación y que fue desordenado por el pecado, Cristo lo restauró con la Redención. La soberbia del hombre y la apostasía de tantos hijos de la Igle-



Don Pelayo en Covadonga, Luis de Madrazo y Kuntz, 1855. Óleo sobre lienzo. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

sia han hecho que veamos desorden por doquier. A veces percibimos cómo el mal es más fuerte que el bien; que la restauración de la fe parece tarea imposible. Los cristianos de hoy en día podemos estar imbuidos de la mentalidad mundana del inmediatismo: o las cosas suceden inmediatamente o no les concedemos valor ni eficacia. Pero lo que se inició en Covadonga duró ocho siglos. Hoy la restauración de la Cristiandad comienza en el corazón de cada uno de nosotros. De cómo ordenamos toda nuestra vida y las cosas que nos ha confiado Dios depende todo lo demás. Renunciando a ver las cosas resueltas inmediatamente ponemos nuestra esperanza en María y vivimos de las promesas del Señor con el ejemplo de los que nos precedieron en el camino de la fe.

La respuesta del cielo: un centenario

Al finalizar el año Jubilar de la Esperanza, celebraremos el centenario de la aparición de la

Virgen María a Sor Lucia en Pontevedra. En la aparición del 13 de julio de 1917, Nuestra Señora le había dicho a Sor Lucia: «Vendré a pedir... la Comunión Reparadora de los Primeros Sábados hecha para expiación de los pecados del mundo». Esta petición la hizo el 10 de diciembre de 1925 en el convento de las Hermanas Doroteas de Pontevedra a la propia Sor Lucia, religiosa Dorotea en ese momento: «Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan sin cesar con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos procura consolarme; y di que yo prometo asistir en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas, a todos aquellos que durante cinco meses consecutivos, el primer sábado, se confiesen, reciban la Sagrada Comunión, recen cinco decenas del rosario y me hagan compañía durante 15 minutos, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagaviarme».

La esperanza de la humanidad pasa por el Corazón Inmaculado de María que en Covadonga se reveló victorioso. Hace cien años se volvió a revelar de nuevo en Fátima y Pontevedra para seguirnos alentando en las batallas de hoy. El cielo nos ha dado en María una esperanza cierta. Acojámosla de todo corazón, pues ella lo ha prometido: «Habéis visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra terminará, pero si no dejan de ofender a Dios en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución de la Iglesia y del Santo Padre. Para impedir eso, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia: los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará».

¿ES LA FE RAZONABLE? PARTE IV: LA RESPUESTA EN SÍ

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



La victoria de la Eucaristía sobre la Idolatría, Pedro Pablo Rubens, 1625 ca., Óleo sobre tabla. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.

El hombre moderno no se inmuta ante esta pregunta. Así comenzamos esta serie de artículos. Dijimos que esto se debía a que ninguno de estos dos términos, fe y razón, llaman su atención especialmente. Por fe entiende «conjunto de creencias infundadas» y por razonable, con suerte, «demostrado por la ciencia». Por eso dedicamos la primera parte a abrir el horizonte de lo razonable.

Para ello, partimos de una pequeña simplificación: lo razonable es lo verdadero, y lo verdadero es lo que se corresponde con lo real. Esto nos obligó a preguntarnos qué es real y cómo lo conocemos, con lo que encontramos una máxima *tan firme y cierta, que no podían quebrantarla ni las más extravagantes suposiciones*: «Yo soy y el mundo es». Así, *la admitimos, sin escrúpulo, como el primer principio de la*

*filosofía que estábamos buscando*¹. También tuvimos la ocasión en ese primer artículo de explorar algún ejemplo de cómo lo razonable puede operar independientemente de lo científico, y exploramos brevemente la cuestión del libre albedrío con el dragón invisible de Sagan.

Una vez sentadas estas bases, nos lanzamos al segundo término: ¿Qué es la fe? Sin duda, nos encontramos ante el mismo problema: nuestro poso cultural es muy poderoso, y la imagen de fe como conocimiento inseguro se cuela, muchas veces inadvertida, en nuestros razonamientos. Sin embargo, la fe es justamente lo contrario: conocimiento seguro sobre algo no comprobado por el sujeto.

Y aunque *a priori* la definición asusta a la mente moderna, en este segundo artículo com-

¹ Parafraseando a Descartes en el Discurso del método, Parte IV.

probamos que este modo de conocer marca nuestra vida, hasta tal punto que sería imposible vivir sin fe. Para ello, nos servimos principalmente del ejemplo prestado por Lewis (la anestesia), aunque también vimos ejemplos seculares, como la fe notarial, y subrayamos el papel de la fe en todos los procesos de aprendizaje y convivencia (como puede ser fiarse de un ser querido).

En el tercer artículo, nos adentramos en la Fe cristiana. Hasta entonces, tratábamos verdades que alguien (fuéramos o no nosotros) había comprobado. Pero Cristo revela una verdad superior, una verdad que no es posible comprobar mientras vivamos en este mundo. Dado que el objeto de la fe en Cristo es sobrenatural, nuestra forma de adherirnos a Él también debe ser sobrenatural: esta es la virtud infundida de la Fe.

También vimos que Dios, en su infinita sabiduría, se nos revela asumiendo la forma por la que opera nuestra fe: por medio del testimonio. De esta manera, la fe en Cristo es análoga a la fe natural: el Padre envía al Hijo para que dé testimonio del Padre, y ambos envían al Espíritu Santo para que dé testimonio de ellos hasta el fin de los tiempos. En ambos casos (natural y sobrenatural) estamos fiándonos de un testimonio, aunque Cristo testimonie una verdad inalcanzable y el acto de fe natural suela testimoniar algo alcanzable.

En otras palabras, la verdad que testimonia Cristo no se puede comprobar, solo podemos adherirnos a ella por medio de la Fe. Entonces, si esta verdad escapa a la capacidad del hombre, ¿cómo podemos saber si es razonable? Es evidente que si Cristo es verdaderamente Dios hecho hombre, su testimonio ha de ser verdadero, pues Dios no puede engañarse ni engañarnos. Pero ¿cómo sabemos que verdaderamente Cristo es Dios hecho hombre? Esta es la doble incógnita que plantea la pregunta «¿Es la Fe razonable?».

Y esta es la situación en la que nos dejó la tercera parte. Aun así, antes de continuar, me gustaría volver al inicio de esta serie y del artículo. Comencé esta serie porque un amigo me recomendó que escribiera sobre «el salto de fe» y «hasta dónde puede llegar la razón». Mi amigo, como usted y como yo, creció en un mundo con una metafísica derruida. La que antaño había sido la primera ciencia, hoy era un pá-

ramo sitiado durante siglos por la razón pura, en cuyas ruinas se había asentado un patético materialismo, al modo en que las chabolas altomedievales se ampararon en el coliseo romano. El antropocentrismo desgajó al hombre del logos, y el materialismo mató a ese hombre solitario. El resultado es un hombre carente de sentido, que ya no puede creer nada. La única certeza es la alarma de las 07:00 y el salario a final de mes.

Ante esta existencia desgarradora, este amigo mío, probablemente como usted y como yo, un día descubrió que hubo vida antes de la Ilustración. Descubrió la metafísica realista, descubrió que el mundo es y que el sujeto es, que el hombre tiene un fin natural, que el universo está ordenado, y que la existencia de un Dios es demostrable y razonable.

Quizás es esta clase de persona, y no el hombre moderno puro, el que de verdad se interesa por la pregunta: ¿Es la Fe razonable? Desmontada la pantomima ilustrada, la filosofía de siempre se antoja tan clara y real que se busca la misma certeza para todas las creencias. ¿No podría haber veinte argumentos racionales que demostraran que Cristo es Dios? Sería mucho más sencillo. Sin embargo, no es así.

Es necesario, si Dios asume nuestra condición, que asuma también su incertidumbre inherente. El reto de un Dios que baja a nuestro nivel a buscarnos es que, aunque Él sigue siendo perfecto, nuestras herramientas para conocerlo son todavía imperfectas. Esta dificultad es lo que lleva a muchos a desencarnar nuestra fe. Un ejemplo extremo sería aquel que vimos de la resurrección «espiritual». Si eliminamos de la revelación de Cristo todo aquello que es histórico y lo reducimos a una teoría que (por muy revelada que sea) se puede defender de forma racional (apriorísticamente) es mucho más fácil de defender: «*Si Cristo volvió de entre los muertos es irrelevante, lo importante es que sus enseñanzas son válidas por tal y por tal argumento racional*».

No es casualidad que esta desacralización de la Fe infeste nuestro mundo hoy en día. Y no solo porque esté, de una manera u otra, en la base de la herejía protestante; aún más, diría que está en la base de la herejía protestante porque cuando esta surgió ya había sido herida la metafísica.

Y no debemos olvidar la otra cara de la moneda: el materialismo y su versión popular (el cientifismo), que no son más que vueltas en falso a los sentidos: intentando salvar la realidad cometen el mismo error monista en sentido contrario. Ante ellos también opera la desacralización de la Fe: «*La vida eterna y cualquier otra trascendencia es irrelevante, lo importante es que esta serie de enseñanzas nos hace vivir bien esta vida*» —dicen, en claro contraste con el Evangelio.

Ante todo esto la Iglesia es taxativa: la religión verdadera tiene un origen histórico y sobrenatural. El mismo Dios vino a la Tierra y la fundó. La Iglesia es clara en por qué creemos la verdad testimoniada por Cristo: por su misma autoridad². Es lógico: si Cristo es verdaderamente Dios hecho hombre, su testimonio ha de ser verdadero, pues Dios, por definición, no puede engañarse ni engañarnos.

De hecho, santo Tomás, incluso a veces criticado por su enfoque «excesivamente» racional y sistemático de la fe, advierte continuamente que no creemos por la razón ni porque sea razonable o demostrable, sino por la virtud de la fe.

No obstante, la Iglesia también reconoce que a la autoridad del testimonio de Cristo le acompañan numerosas indicaciones externas que indican a la razón que el testimonio es verdadero³. La primera que cabría señalar son los milagros, especialmente los realizados por el mismo Jesucristo, y en un lugar preeminente, su resurrección y ascensión a los cielos.

De nuevo acudimos al Evangelio según san Juan 2, 11: «Este fue el primero (ἀρχήν, arjén) de los signos (σημείων, semeion) que Jesús realizó en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron (ἐπίστευσαν, episteusan) en él». San Juan no solo habla de las bodas de Caná como el primer milagro de Jesús, sino como el inicio autoritativo (arjé) de los signos (semeion) que causa fe (pisteuo) en sus discípulos. Arjé es la palabra que se usaba en griego ático para hablar del fundamento último ontológico, así la usa Aristóteles y en ese sentido la

usa el evangelista en el primer versículo de su evangelio. Además, no dice *milagro* (δύναμις, dunamis) sino *signo*, remarcando que esa obra *significa* la divinidad de Cristo (manifestación de su gloria) y, por tanto, el principio fundamental por el que los discípulos comienzan a creer en él.

Una de las claves de la revelación de Cristo es que es pública. En los sinópticos lo vemos claramente en su bautismo, pero esta idea acompaña especialmente a los escritos inmediatamente posteriores a la fundación de la Iglesia. De nuevo, en 1 Cor 15, 6, san Pablo dice que Jesús Resucitado «se apareció (ὄραω, jorao) a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía». Esto constituye una clara invitación a comprobar que sus testimonios son verdaderos.

Es una constante en las falsas religiones que las revelaciones sean privadas. Dios se aparece al profeta una única vez, y no vuelve a revelarse jamás a nadie (o quizá hasta que otro profeta cambia por completo la primera versión). Pero en el cristianismo, las revelaciones son públicas, notorias y coherentes desde el principio, lo que generó que el cristianismo se expandiera a una velocidad inaudita —todos los que veían la verdad del evangelio creían, y todos los que aceptaban su testimonio, entre otros, sus seres queridos, creían con ellos también.

Aunque la cadena de testimonios es la indicación razonable principal, la autoridad de Cristo también está acompañada de otras indicaciones de orden natural. Por ejemplo, todas las investigaciones de la historicidad de Jesús, y los primeros siglos del cristianismo nos demuestran, al menos, que los cristianos estaban seguros de que Cristo era Dios⁴. Y no solo en la antigüedad: la grandeza del orden cristiano y la historia ininterrumpida de la Iglesia, que enseña lo mismo desde que se fundó y durante más de dos mil años, también apuntan a la divinidad de Cristo.

También podemos aplicar argumentos racionales probables: entre ellos, y sin desarrollarlos, tiene sentido que Dios hecho hombre no es-

² Constitución Dogmática *Filius Dei*, Concilio Vaticano I.

³ *Ibidem*, capítulo 3.

⁴ Existe muchísima bibliografía y es un tema demasiado amplio como para dar una única cita. Sin embargo, un buen punto de comienzo son los estudios realizados por el Centro Español de Sindonología, cuyo objetivo es justamente el estudio riguroso del Jesús histórico.

cribiera ni dictara nada, sino que se presentara del modo que se presenta Cristo. También se puede argumentar que lo más razonable es que un Dios que se revela, que irrumpe en la historia, deje en ella una marca indeleble, eterna y divina: su Iglesia.

Esta clase de argumentos también son los que se pueden argüir respecto a la otra incógnita: el contenido de la revelación de Cristo. En este caso, dado que partimos de la veracidad de la revelación, tenemos que hablar de compatibilidad con otras verdades que acepta la razón. Por ejemplo, la filosofía nos dice que la persona es la unión de un cuerpo y un alma. De esta manera, si hubiere una vida futura personal, esta debía ser en cuerpo y alma. Y así es justo como la Iglesia predica que será la resurrección de los muertos, por lo que, al menos en ese aspecto, es una verdad razonable.

Resumiendo: es necesario, si Dios entra en la historia imperfecta, que lo conozcamos de forma imperfecta. Y es necesario, si las verdades que debemos de creer son sobrenaturales y nos orientan a un fin sobrenatural, que la capacidad de adherirse a ellas sea sobrenatural. Por tanto, la sola razón es incapaz, por ella misma, de aceptar el testimonio de Cristo⁵. La razón, no obstante, sí puede dejarnos muy cerca de las verdades de Fe, orientar a la persona hacia ellas e investigar la compatibilidad de esas verdades con el resto de verdades que alcanzamos por sentidos y razón.

Entonces, ¿es la Fe razonable? Sí, pero la Fe no se obtiene por la razón. La Fe se obtiene por el

⁵ *Ibidem*, capítulo 4.

⁶ Juan 1, 43-46.

Santo Bautismo, instaurado por el mismo autor de la Revelación. Así es el Dios que predica la Iglesia católica: no te pide diez años de filosofía para creer en Él, Él mismo te infunde la capacidad para hacerlo con el simple acto del bautismo. Lo maravilloso de la fe católica es que los católicos creemos que Dios sigue revelándose públicamente a diario. Cristo no nos dejó solos, sino que nos envió el Espíritu Santo, que aún hoy anima su Iglesia y nos indica con actos externos, también milagros, que la Iglesia es custodia de la Revelación de Dios. Tanto es así que el mismo Cristo se hace verdaderamente presente todos los días en la Eucaristía, para que nosotros, indignos seguidores suyos, nos alimentemos de Él.

Antes veíamos que los mártires son como esas ovejas que demuestran con sus obras de qué se alimentan. ¿Y cuál es el alimento verdadero de los santos sino el mismo Dios que predicán? ¿Y cuál es la mejor forma de comprobar si ese alimento produce en nosotros la misma lana sino tomándolo también? Cuando Cristo llamó a Felipe, Felipe fue a decirle a Natanael que Cristo era el Mesías. Natanael no se fiaba, y Felipe le dijo: «Ven y verás»⁶. ¿Quiere alguno comprobar la veracidad de la Fe? La Iglesia le repite hoy las mismas palabras: Ven y verás.

La mejor prueba de la Fe es vivirla. La razón nos puede ofrecer vistas magníficas del atrio de los gentiles, pero estos *preambula fidei* siempre serán eso: preámbulos. La verdad son obras, no palabras. Y si la Fe es verdadera, se verá en las obras de la Fe. Por sus frutos los conoceréis.

«NO PODÉIS SERVIR A DIOS Y AL DINERO». LOS VICIOS CAPITALES (III): LA AVARICIA

D. Tomás Minguet Civera, Pbro., Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



Iglesia de San Pedro de Aulnay-de-Saintonge, Francia. Cuatro demonios devoran a un ávaro que defiende de ellos su bolsa.

Vivid sin ansia de dinero, contentándoos con lo que tengáis, pues Él mismo dijo: «Nunca te dejaré ni te abandonaré». (Heb 13, 5)

En su divina predicación, para sorpresa y espanto de sus discípulos (Mc 10, 24.26) y para burla de los fariseos (Lc 16,14), nuestro Señor estableció una disyuntiva radical: «Non potestis Deo servire et mammonæ, no podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24; Lc 16, 13). No dijo “no podéis servir a Dios y al demonio” o “a Dios y a vosotros mismos” o “a Dios y al poder”. Lo que

contrapuso frontalmente al servicio a Dios fue el servicio al dinero, caracterizándolo además como un amo (dominus) que se disputa con Dios la primacía de nuestros corazones. Al hablar así, Jesucristo no sólo hizo patente la terrible verdad de que el dinero deviene fácilmente en objeto de servicio y de adoración (un auténtico ídolo), sino que, más aún, puede convertirse en el culto alternativo al mismo Dios. He ahí el punto, he ahí la sorpresa. Y he aquí una constante algo olvidada (o sospechosamente silenciada) que atraviesa la predicación de Cristo y

las enseñanzas de los santos: la condena tajante del amor al dinero, de la avaricia.

No en vano nuestro Divino Maestro dejó dicho en otro lugar: «Mirad: guardaos de toda clase de avaricia (Lc 12, 15). Y exclamó: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!» (Mc 10, 23). Y enseñó: «Lo que sale de dentro del hombre, eso sí hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias [avaritiae], malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad». (Mc 7, 20-22). En consonancia con las palabras de Cristo, San Pedro llamó «hijos de la maldición» a quienes «tienen el corazón entrenado en la codicia» (2Pe 2, 14). Y San Pablo, que habló del afán de dinero como una verdadera idolatría (Ef 5, 5; Col 3, 5), afirmó categóricamente que «radix enim omnium malorum est cupiditas, la codicia —el amor al dinero— es la raíz de todos los males» (1Tim 6, 10). Son sólo unos ejemplos.

Como siempre, este modo de hablar de la Sagrada Escritura, debe dirigir tanto nuestro obrar a obedecer prontamente, como también nuestro entendimiento, para comprender la verdad de las cosas, el lugar y significado de cada uno de los elementos de este mundo, de nuestras relaciones, de nosotros mismos. El lugar, en este caso, del dinero, y de nuestra relación con él.

Empezamos, pues, por preguntarnos qué es la avaricia y qué la hace tan peligrosa. Santo Tomás nos guía en este punto al hacer una primera distinción entre el dinero y el afán de dinero. El dinero, así como los bienes materiales a los que simboliza, pertenece al terreno de los medios o instrumentos: «Las riquezas tienen de suyo razón de bien útil, pues se desean porque sirven para utilidad del hombre» (IIII, 118, 2, resp.). Es natural, por tanto, desear los bienes exteriores en cuanto medios para conseguir el buen fin de nuestra subsistencia, valorándolos así como algo sometido al hombre, no algo a lo que someterse. Por eso, explica el Aquinate, «mientras se mantenga dentro de los límites impuestos por el fin, este deseo [de los bienes materiales] no será pecaminoso. Pero la avaricia traspasa esta regla y, por tanto, es pecado»

(IIII, 118, 1, ad 1). La avaricia es, en efecto, la inmoderación en la recta valoración y uso de los bienes materiales, un apego insano a las riquezas que «se manifiesta en el gozo que se experimenta en poseerlas, en el afán por conservarlas, en la dificultad para separarse de ellas y en la pena que se siente al darlas».¹

¿Cómo la avaricia traspasa la regla de la moderación? Por un lado, la inmoderación es posible, explica santo Tomás, con relación a la posesión de los bienes, y se da «cuando uno los adquiere y retiene más de lo debido». Al hacer esto, «la avaricia es pecado directamente contra el prójimo, porque uno no puede nadar en la abundancia de riquezas exteriores sin que otro pase necesidad, pues los bienes temporales no pueden ser poseídos a la vez por muchos» (II-II, 118, 1, ad 2). En este caso, y en otros en que se adquieran ilícitamente los bienes, la avaricia se contrapone principalmente a la virtud de la justicia (cf. IIII, 118, 3, resp.).

Un segundo modo de inmoderación, más sutil, se refiere al «afecto interior que se tiene a las riquezas por ejemplo, si se las ama o desea gozar de ellas desmedidamente», aunque no se le haga nada malo al prójimo directamente o se tengan pocas riquezas. En este caso, la avaricia es pecado contra uno mismo —verdadera autolesión, olvido de la salvación— pues «no se puede amar al mismo tiempo a la propia alma y al dinero»². Y, como consecuencia lógica, también «es pecado contra Dios, como todos los pecados mortales, en cuanto se desprecia el bien eterno por un bien temporal» (IIII, 118, 1, ad 2). Cuando esto ocurre, la avaricia se opone más bien a su virtud propiamente contraria, la liberalidad (cf. IIII, 118, 3, resp.).

Y aquí hemos tocado el punto neurálgico: Un afecto desmedido que hace despreciar el bien eterno. De esto, en grado superlativo, es capaz el dinero o, mejor dicho, nuestro corazón con relación al dinero. Es ahora cuando nos podemos preguntar el porqué. Por qué es tan peligroso el dinero, por qué toca dimensiones tan hondas del corazón, por qué puede convertirse en ese “dominus” alternativo al Único y Verdadero Señor y ser, además, raíz de todos los males.

¹ J. C. LARCHET, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, Salamanca, Sígueme, 2014, 164.

² SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre 1 Corintios*, XXIII, 6.

Santo Tomás, con visión de águila, nos da la clave al hablarnos de que el fin más apetecible del hombre, su fin último, es la bienaventuranza o felicidad. Por consiguiente, explica, «cuanto más un objeto participa de las condiciones de la felicidad, tanto más apetecible es» (IIII, 118, 7, resp.). ¿Cuáles son las condiciones de la felicidad? Una de ellas es que sea suficiente en sí, que no sea medio de otra cosa. Y esto es lo que le pasa al dinero. En efecto, como «las riquezas de suyo prometen esta suficiencia [de la bienaventuranza] en grado máximo», fácilmente les damos categoría de fin último. Y al darle esta categoría, también adquiere la característica de tender al infinito: lo que se quiere como fin último debe quererse sin medida. Y esta es la maldición del avaro: nunca tiene suficiente. «La bulimia del alma —dijo el Crisóstomo— es la avaricia; cuanto más se atiborra de alimentos, más desea»³.

El Aquinate reforzará esta idea con lúcidas citas de Aristóteles y del Eclesiástico. El primero dijo que «nos servimos del dinero para conseguirlo todo»; el segundo, que «el dinero sirve para todo» (IIII, 118, 7, resp.). He aquí el espejismo. El dinero es un sucedáneo del Cielo, promete falsamente que se puede tener todo, a la vez que es posibilidad de tener muchas cosas (I-II, 84, 1, resp.), convirtiéndose así en una trampa eficaz para un corazón que está hecho para el Todo, y sí, para ser rico, aunque de los bienes que no se apolillan (Mt 6, 19ss). Por eso ejerce tal atracción, por eso se entromete en la esfera de lo religioso, por eso los hombres le rinden tal culto y por él son capaces de tantos sacrificios y de tantas maldades. Y, por eso, al servir al dinero abandonan la fe en el Dios verdadero. Porque la seducción de las riquezas ahoga la palabra (Mt 13, 22). Porque no se puede servir a dos señores. Si no se confía en Dios, hace falta otro cimiento en el que edificar la propia vida. San Juan Clímaco lo dice sin tapujos: «El amor al dinero es la hija de la falta de fe. El avaro es un despreciador del evangelio y su transgresor voluntario... el que está encadenado a esta pasión no alcanzará jamás la oración pura»⁴. En definitiva, volvemos a las palabras del Divino Maestro: «No podéis servir a Dios y al dinero».

El afán de dinero es, por tanto, grandísima tentación y pecado cuando se consiente. No es el pecado más grave, pero sí acaso el de mayor fealdad (IIII, 118, 5, resp.) y, en un sentido, el de mayor peligro (IIII, 118, 5, ad 3). Es, además, pecado capital, precisamente por esa apariencia de fin, que nos impulsa «a emplear toda clase de medios, buenos o malos, con tal de conseguirlo» (ibid.), también otros pecados. El P. Castellani, con su característico donaire, lo llamó «pecado jefe», porque «manda a otros muchos»⁵.

Si, pues, la avaricia es pecado capital, ¿cuáles son sus “hijas”? El Aquinate enumera, con la Tradición, siete: la traición, el fraude, la mentira, el perjurio, la inquietud, la violencia y la dureza de corazón (IIII, 118, 8, obj. 1).

Cada una de estas “hijas” deriva de uno u otro movimiento de la avaricia. En cuanto que ésta busca retener para sí las riquezas, la avaricia engendra dureza de corazón, «que no se ablanda con la misericordia ni ayuda con sus riquezas a los pobres» (IIII, 118, 8, resp). En cuanto la avaricia peca por exceso en la adquisición de riquezas, tenemos, por un lado, la inquietud, ya que el avaro nunca tiene suficiente y siempre está pensando o en no perder lo que tiene o en alcanzar lo que todavía no es suyo. Por otro lado, están la traición, el fraude y las otras injusticias, ya que el deseo de poseer se hace tan fuerte que fácilmente el avaro traspasa la Ley para lograrlo. Es el caso de Judas «que traicionó a Cristo por avaricia» (IIII, 118, 8, resp.).

El avaro, además, es incapaz de discernir bien, es decir, de ser prudente. Se le ha cegado la mirada, la lámpara del cuerpo (cf. Mt 6, 2223). Por eso, santo Tomás explica con lucidez pasmosa que los vicios falsamente semejantes a la prudencia (prudencia de la carne, astucia, engaño, solicitud por las cosas temporales, preocupación por el futuro) tienen su raíz precisamente en la avaricia (IIII, 55, 8, resp.). Es claro. ¿Cómo podrá ser prudente —mirar y obrar rectamente— quien está dominado por un apego a los bienes temporales, es decir, por una búsqueda constante del propio interés y seguridad? ¿Cómo ser objetivo sin un constante ejercicio de autorrenuncia, sin dejar

³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre 2 Timoteo*, VII, 2.

⁴ J. CLÍMACO, *Escala Espiritual*, escalón XVI.

⁵ L. CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2011, p. 273.

de referir las cosas a uno mismo, sin mirar a lo Alto? En vez de prudente, aunque lo parezca, el avaro es astuto y calculador, siempre buscando asegurar lo que posee y “salvarse” a sí mismo. Y por eso, si maquinador e imprudente, mezquino⁶.

Terminado este breve recorrido por la avaricia, nos puede visitar ese espanto y desesperanza que invadió a los apóstoles cuando el Señor expresó lo difícil que es que un amante de las riquezas entre en el Cielo: «Entonces, ¿quién puede salvarse?» (Mt 19, 16). Nuestro Señor remitió al poder de Dios, que es donde debemos mirar: «Dios lo puede todo». Y como lo puede todo —no como el Dinero que promete esto mismo, pero no cumple—, puede también enseñarnos a poner en Él todo nuestro deseo de riqueza, todo nuestro anhelo de seguridad, a enamorarnos de la pobreza de espíritu (Mt 5,

3), para que Él sea nuestra única y verdadera ganancia. Puede lograr para nosotros, si de verdad lo queremos, que no sirvamos al mal señor, sino a Aquél que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos (2Cor 8, 9). Puede también acostumbrarnos a mirar el Juicio, para que ese día no escuchemos lo mismo que quien atesoró para sí y no fue rico ante Dios: «Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?» (Lc 12, 2021). Puede hacer que nuestro duro corazón goce de dar con largueza y compartir con generosidad los bienes con los que nos bendice. Entre estos bienes, y por encima de ellos, está su santa Madre, pobre a este mundo y la más rica ante Dios. Ella nos fue dada al pie de la cruz para que la recibiéramos entre lo nuestro (Jn 19, 27) y así aprendiésemos que a quien tiene en Cristo su tesoro, nada le falta.

⁶ Cf. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2007, 9ª ed., pp. 54-56.



Notas de actualidad



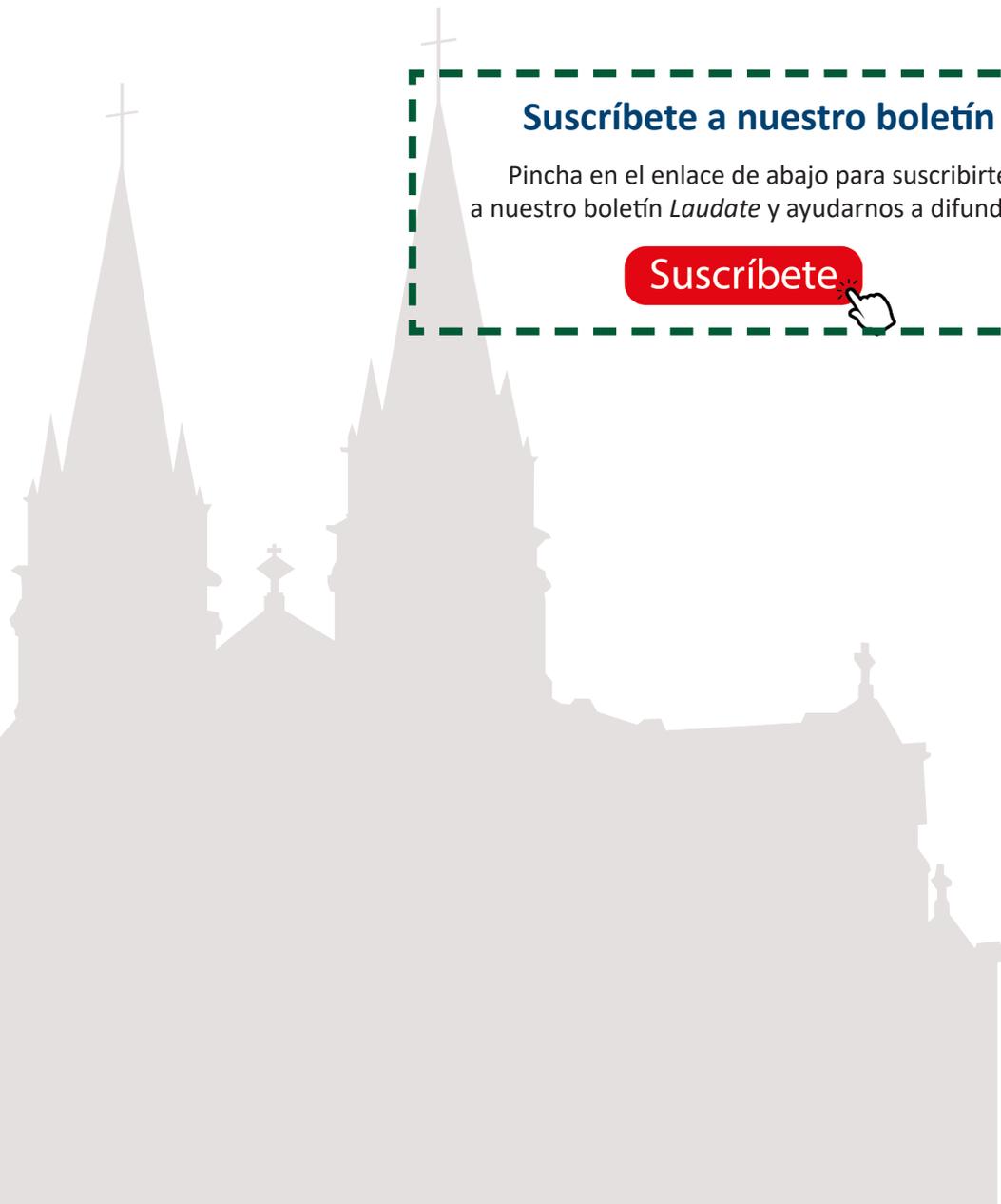
Conferencia del Doctor Peter Kwasniewski

El viernes 25 de julio en el Hotel Gran Regente de Oviedo a las 19:00 horas tendrá lugar una conferencia titulada: «Por qué es mejor no entenderlo todo directamente: la sabiduría de la liturgia tradicional».

Adoración del Santísimo

El viernes 25 de julio en la Basílica de San Juan el Real de Oviedo a las 20:45 horas tendrá lugar el rezo del Santo Rosario ante el Santísimo Sacramento expuesto como preparación a la peregrinación. También habrá confesores disponibles.





Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

